

á este parage de Santa Bárbara, y doce dias despues que nosotros llegamos, llegó el maese de Campo de D. Juan de Oñate, gobernador, en seguimiento de estos capitanes y pobre gente, que está aquí, habiéndolos allá sentenciado á cortar las cabezas el gobernador, y hacer en ellos grandes crueldades, por los grandes servicios que á Dios y á la Magestad han hecho en gastar sus haciendas, y servir personalmente ellos y sus mugeres é hijos y criados, porque todos hacian esto y andaban á las vueltas en esta tragicomedia, sirviéndoles los hombres al gobernador de acompañarle, las mugeres de guisarle de comer, los niños de entretenerle y los criados y gente de servicio de servirle y aun los frailes de adorarle; y llega el caso al punto, que ya no hallábamos lugar ni hora segura en las vidas, haciendas ni honras. Algunas veces (siendo yo prelado) me mandó, que quitase algunos religiosos de los puestos y partes donde estaban (sin mas ocasion que su gusto) con apercibimiento, que si no lo hacia lo haria él; y cierto que los que han estado en aquella tierra que han dado harta muestra de su religion; y esto es cierto, que la tierra por sí, no es muy habitable, y estando y gobernando el que gobierna, no es posible vivir en ella; y por estas y por otros millones de cosas, no solo convino, mas fué necesario salir de ella, y esto para el remedio de los naturales, del gobernador y españoles, que allá quedan, no porque puede sustentar sino

muy poca gente con el ordinario que ahora tiene, y el gobernador por no decaer de su estado, anda con mil embustes, marañas y fingimientos y hechando á millares ánimas en el infierno y haciendo cosas que no son dignas de ser oidas de cristianos, con apariencias falsas y cautelosas, y así bien aventurado el que se puede apartar de tales tratos; porque aunque á nosotros no nos esté bien tratarlo en público, no es razon que V. P. deje de estar advertido.

“El gobernador ha hecho algunas salidas, á costa de los religiosos y naturales, como causa *sine qua, non*; porque por ninguna via podia ser ninguna; por estar tan pobre y en todas ha hecho grandísima matanza de indios, y grande carniceria y derramamiento de sangre humana, los robos, saqueamientos y otras cosas que ha hecho: ruego á Dios que le de gracia para que haga en esta vida penitencia de todo. Esta pobre gente está afligida, y el maese de Campo, lleva en sus informaciones mil mentiras y mil juramentos falsos; porque están tan opresos, los que están en el Nuevo-México, que no pueden hacer mas de lo que les manda el gobernador ó lo que saben que es su gusto, y al cabo ha de parecer todo y conocerse la verdad; y porque los padres Zamora, y Lugo que son testigos fidedignos han ido allá, de quien se podrá tomar razon de todo, no digo mas en esta, etc. De Santa Bárbara 29 de febrero de 1602 años.”

## PROSA Y POESIA.

Todos los hombres hablan y todos se hacen comprender; mas las voces de unos llegan al corazón, mientras que las de otros solo llegan al oído. ¿En qué consiste esta diferencia? En la mayor ó menor propiedad del lenguaje y en la expresion mas ó menos viva de las imágenes; y estas pueden representarse de dos maneras, en prosa ó en verso. ¡Cuántas veces nos hace llorar el poeta, cuántas veces toca al alma y la hace sentir emociones dulcísimas! Y cuántas veces el orador nos hace encender en ira, cuántas veces nos impele al combate, cómo nos revive nuestro amor á la patria, cómo nos ha-

ce temblar á veces! La poesia con su cadencia armoniosa, con sus suaves acentos es una verdadera música; yo creo que la poesia es la música con voces cuya significación está fijada ya; su cadencia hiere nuestros oídos, y los encanta el significado de sus voces, toca á nuestra alma y la conmueve; está es sin duda la causa por que las mugeres son tan afectas á la poesia; estas sensaciones suavísimas aun en medio del horror, se acomodan perfectamente á la sensibilidad de su alma: mas la prosa, la prosa elocuente, se dirige mas bien al entendimiento, la ilusion de sus racionios lo conven-

ce y lo arrastra al punto que se propone. La prosa es á mi juicio el idioma de los hombres; se ocupa siempre de pasiones mas fuertes; sus voces sin acento ni cadencia fija, son mas propias para espresar los arrebatos producidos por pasiones que no son, por decirlo así, de sentimiento. Como no tiene armonia música no se detiene en el oído, sino que pasa recta al entendimiento, lo conmueve y determina la voluntad; careciendo de esa armonia no produce sensaciones dulces que debilitan su expresion: esta es varonil y vigorosa. Sin embargo, yo creo que la prosa no carece de armonia. En un periodo de esas obras maestras de los oradores, se percibe un no sé qué de sonoro y grave, que es sin duda una de las razones que predisponen nuestro entendimiento á la convicción. La poesia es á la prosa como los sonos dulces de una flauta á los graves y magestuosos del órgano. Cuando se lee el exordio del sermón del misionero Bridaine, se percibe que cada cláusula es rotunda, sonora, la alma se estremece y el oído siente agrado, sin sentirse un placer muelle. Cuando se lee una poesia de Melendez parece que el alma se aduerme mecida por la suavísima armonia de sus versos. Para mí, entre un poeta y un orador no hay diferencia sensible, y sin embargo, yo preferiré en las grandes pasiones una pieza oratoria á una poética, y en las suaves que pueden serlo aun en su fuerza, como el amor, prefiero una poesia á una arenga: así como me entusiasma el clarín del guerrero, y me hace volar al combate, y lo mismo que las dulces cadencias de la flauta, me entristecen y me hacen brotar las lágrimas. Pero cuando el poeta es orador, ó el orador poeta, cuando se reunen en una misma persona esas dos cualidades, y cuando halló en una composicion la fuerza de la prosa con su noble rotundidad, cuando sus imágenes son grandes y sublimes, cuando sus voces son armoniosas y se enlazan la dulzura y la gravedad, entónces me arrebató, mi alma se estremece, yo lloro, me entusiasmo, y tan pronto salta una lágrima de mis párpados encendidos, como una exclamacion de corage, tal vez, de mi alma extasiada. Cuando de rodillas en el templo oigo sonar el órgano, y luego una flauta, mi alma se inunda de gozo, y á los nobles acentos del órgano, concibo la grandeza y el poder del Señor, y pido su misericordia, y tiemblo á su justicia, mas si cambiando entónces, suena una flauta, me enternezco y hablo á Dios como á mi padre, con la ternura de un hijo, y siento en mí ya su perdón. Esto es lo que me acontece cuando leo

una de esas composiciones en que no hay comparaciones femeniles, en que las ideas son sublimes y su expresion magestuosa. Pero cuando leo á un poeta que solo es dulce, cuyas comparaciones son dulces, cuyas ideas son puramente voluptuosas y débiles, lo llevo de regalo á una dama ó lo guardo para aquellos momentos en que necesitamos endulzar nuestras penas con la cadencia, con una armonia que nos haga llorar algunas lágrimas que sirven de alivio al alma afligida. Cuando leo un orador, cuando leo algo de Demóstenes, cuando oigo la voz imponente de Ciceron, cuando leo á Massillon, entónces me siento transportado, conmovido, en un estado indescriptible, mi odio á los tiranos se aumenta, mi religion se afirma... y beso las obras de esos grandeshombres, y levantando mis ojos al cielo, pregunto con dolor al Señor. ¿Porqué no soy yo como ellos?

Yo amo á los poetas y envidio su oído músico, su alma tan sensible y tan dulce, su lenguaje tan sentido, especialmente cuando tengo que tratar á las mugeres: pero cuando recuerdo que tengo una patria, que tengo una religion, que soy hombre, entónces olvido por un instante la poesia, y me acojo á la oratoria. No se crea, sin embargo, que en mis elogios á los poetas, hablo de algunos versistas que en nada simpatizan conmigo, y que hacen consistir á la poesia en los acentos y en el número de las sílabas; esos hombres son mecánicos. La poesia consiste en las ideas y en las imágenes, su sublimidad es lo que la distingue. Ya he dicho cual es para mí la diferencia que hay entre la prosa y la poesia: ahora diré que poesias hay en prosa, y que son poetas para mí los que tienen ideas poéticas, aun cuando no tengan versos, son poetas, verdaderos poetas, y mas apreciables que los versistas ó meramente copleros.

Así, pues, en mi concepto es falsa la sentencia de Chesterfield, que dice que el poeta nace y el orador se hace. Esto es confundir la forma con la esencia, la parte mecánica de la poesia con la poesia, y la oratoria con su parte mimica. Yo creo que el poeta y el orador nacen, y que el versista se hace, y el mimico se hace como se hace un mimico y un actor. Puede, lo repito, haber poesia sin verso, y orador sin accion, y aunque no sean perfectos, aunque sean incompletos, yo los amaré y los respetaré, y serán dueños de mi alma, porque amo la poesia en su caso, tanto como á la oratoria en el suyo.

JOSÉ MARIA DEL CASTILLO.

# MI PRISION.

A MI QUERIDO AMIGO Y COMPAÑERO EL LIC.

## FRANCISCO M. DE OLAGUIBEL.

Sumido en cárcel oscura  
Y del mundo divorciado,  
Triste vivo;  
Que nunca penetra pura  
La luz por el enrejado  
Del cautivo.  
Y raya rosada aurora  
Y viene la noche umbria  
Con su velo,  
Y pasa una y otra hora  
Y un dia tras otro dia  
Sin consuelo.  
Porque blanco de los tiros  
Y víctima desgraciada  
Del poder,  
Es preciso mis suspiros  
Y mi voz acongojada  
Contener.  
Acusado, aunque inocente;  
Sin ser reo, condenado,  
Pena dura  
Su sello ha impreso en mi frente,  
Porque un cáliz he apurado  
De amargura.  
Si á ningun humano oido  
Puede mi flébil gemido  
Penetrar;  
Si ningun acento humano  
Puede mi dolor tirano  
Consolar;  
¿De qué, infeliz, serviria  
Lanzar un ¡ay! de mi pecho  
Lastimoso,  
Que al punto se perderia  
De mi cárcel bajo el techo  
Pavoroso?  
Cuando de alegre diana  
El toque primero suena,  
El clarin

Que es de mi reloj campana,  
Al alivio de mi pena  
Pone fin.  
Que de mis párpados huye  
Veloz el sueño demente  
Que dormia,  
Y la ilusion se destruye  
En que vagaba mi ardiente  
Fantasia.  
Y en mi suerte de hoy pensando  
Y en la suerte que me espera,  
No mejor,  
Paso las horas contando  
En soledad que exaspera  
Mi dolor.  
Me recuerdo los placeres  
De este México encantado,  
Turbulento;  
Y los gratos quehaceres  
De que pobre, pero honrado  
Me sustentó.  
Y mi vida cuando niño,  
Y mi hermana desgraciada,  
Tan querida;  
Y el acendrado cariño  
De mi madre idolatrada,  
Tan sentida.  
Sin cesar mi puerta vela,  
Cual si fuese autor de un yerro  
Negro, vil,  
Silencioso centinela,  
Impasible, como el hierro  
Del fusil.  
La monótona armonía  
De los toques militares,  
¡Tristes sones!  
Es mi sola melodía;  
De la escuadra los cantares,  
Mis canciones.  
Al través de mi ventana

Suelo ver algun momento  
Los soldados,  
Sin ayer, ni hoy, ni mañana,  
De albedrio y pensamiento  
Despojados.  
Y cuando al dolor rendido,  
Me duermo, muertas las voces  
Del cuartel;  
Cuando solo se oye el ruido  
Del relincho y de las coces  
Del corcel;  
Cuando en blando acabamiento  
Se pierden al fin mis males,  
Me despierta  
Del centinela el acento,  
Que, atalaya en mis umbrales,  
Grita ¡alerta!  
Y á su acento vuelvo al mundo  
Y recobro la memoria  
Que era ida;  
Y en el silencio profundo  
Viene á mi mente la historia  
De mi vida.  
Esa historia de tristeza,  
Cuyas fojas han escrito  
La horfandad,  
La desgracia y la pobreza;  
Mas no la infamia, el delito,  
La maldad.  
Si la frente siempre al cielo  
He levantado surcada,  
Del dolor,  
Jamás la he bajado al suelo  
Por el oprobio marcada  
Ni el temor.  
Mas ¡ay! ¿de qué me aprovecha  
Mi inocencia en esta hora  
De amargura,  
Cuando una cárcel estrecha...  
¡Cuánto tarda de la aurora  
La luz pura!

II.

¿De qué, empero, me sirven sus albores?  
¿De qué del sol la idolatrada lumbre,  
Si en las garras de horrible pesadumbre  
Destrozado palpita el corazon?  
Que no miro á esa luz el verde prado,  
Ni el alto alcázar, ni el soberbio templo:  
De esa luz á los rayos no contemplo  
Mas que el suelo de lóbrega prision.  
Y esta prision, ó Dios mio,  
Esta prision dolorosa  
Es la estancia pavorosa  
Donde á un hombre otro hombre impío  
Mandó á muerte ignominiosa. ¡

Aquí inesperto fiscal,  
Injusto acaso, ha lanzado  
En pedimento fatal  
Un acento despiadado  
Contra el pobre criminal.  
Aquí de jueces novicios,  
Protervos tal vez, sin ciencia,  
En festinada sentencia  
Han desoido los juicios  
Las voces de la inocencia.  
Y de una ley homicida,  
Que el negro infierno abortó,  
Aquí el espectro se alzó  
Y del libro de la vida  
Con sangre un nombre borró.  
Y los que al hombre juzgaron  
Y á muerte le condenaron,  
Al gran mundo se volvieron  
Y del hombre se olvidaron  
Y en el mundo se perdieron.  
Y mientras ellos gozaban  
Las delicias del bureo,  
Aquí un altar levantaban  
Y á un sacerdote llamaban  
Para consuelo del reo,  
Y el sacerdote llegó,  
Y vió al misero mortal,  
Y á sus plantas le llamó  
Con acento paternal,  
Y el reo se arrodilló.  
Y esta mansion silenciosa  
Que escucha mi voz doliente,  
Tambien oyó al penitente  
Pedir con voz fervorosa  
Perdon al Omnipotente.  
Aquí su llanto vertia  
Y su acento levantaba  
Cuando justicia pedia,  
Y por testigo ponía  
Al cielo que le escuchaba.  
Y aquí su voz se perdió,  
Como se pierde mi acento:  
Mas si el mundo no le oyó,  
Desde el alto firmamento  
El Señor le perdonó.  
Y las paredes miraba  
Que en este momento miro;  
Y tambien él suspiraba  
Aquí donde yo suspiro,  
Y donde piso, pisaba.  
Y el sol naciendo en oriente,  
Cual ahora indiferente,  
Por esa reja de horror  
Tambien calentó su frente  
Con fuego reparador.  
Y esta estancia solitaria

Donde peño noche y día,  
Como oye mi canto, oía  
Sus sollozos, su plegaria,  
Sus gemidos de agonía.

Y esa puerta para mí  
Cerrada, para él se abrió,  
Y su dintel franqueó  
El camino que de aquí  
Al cadalso le llevó.

Y en este mismo lugar  
Donde está mi lecho ahora,  
La última luna alumbrar  
Vió de su vida, y brillar  
También la última aurora.

Aquí la noche postrera  
Al dulce sueño llamaba;  
Y el misero deliraba,  
Porque en esa noche fiera  
La fiebre le devoraba.

Y llegado al fin el día  
Sin esperar ya salud,  
Entró infame multitud,  
Dió el primer paso que guía  
Hacia el lóbrego ataúd.

Y al arrancarse de aquí  
Un ¡ay! profundo lanzó,  
Y hacia la puerta marchó;  
Los ojos vendóse allí....  
Y.... la puerta se cerró.

III.

¿Y en esta estancia de fatal memoria  
Es donde vivo vida de dolor?  
¿Y se escribe una hoja de mi historia  
Donde otra historia se escribió de horror?

¿Y en este sitio donde en pobre lecho  
Durmió su postrer sueño un criminal,  
Es do devora mi inocente pecho  
Por largas horas su horroroso mal?

De la inmunda librea revestido  
Que de calumnias el poder tegió,  
Triste descanso aquí; mas no abatido;  
Que el cuerpo es débil, pero el alma no.  
Que solo abate el crimen, porque humilla;  
Pero serena sufre la virtud;

Y el aliento del crimen no amancilla  
Los años de mi ardiente juventud.  
Aquí recuerdo en espantosa calma  
El bullicio del mundo, su placer;  
Y este recuerdo despedaza mi alma....  
¡Ay! yo gozaba de ese mundo ayer.

Y aquellos que mi voz acompañaban  
Himnos dando al amor y á la beldad,  
Hoy se gozan cual ántes se gozaban,  
Y yo lloro mi muerta libertad.  
Y miéntras en silencio el mas profundo

Roe mi vida la amargura aquí,  
Ellos siguen gozando de ese mundo  
Que lo mismo que ayer es hoy sin mí  
¡Nada ha cambiado!.... La hermosura ríe  
Las cántigas de amor al escuchar:  
Al poderoso la lisonja engrie  
Y le anega de dichas en un mar.

De la música escúchanse los sonos,  
Resuena del teatro el artesón,  
Y del baile en los lúbricos salones  
Se embriaga de placer el corazón.

Todo lo mismo! Tal es la costumbre  
De ese mónstruo que llaman sociedad.  
¿Qué le importa mi dura servidumbre?  
¿Que le importa mi dulce libertad?

Al que era nada ayer y hoy es magnate  
Brinda con las delicias de un eden:  
Luego que rueda del poder, le abate  
Bajo el peso de pérfido desden.

Y fría, y egoista, indiferente,  
Cuando el ídolo pierde su esplendor,  
Le arranca la corona de la frente,  
Para ceñir con ella al vencedor.

Y el nombre aborrecido al cielo sube:  
Lo proclama en las plazas el clarín,  
El templo de su incienso entre la nube,  
Con sus henchidas copas el festín.

Y lo que era virtud vuélvese crimen,  
La mentira se viste de verdad,  
A los pueblos los déspotas oprimen....  
¿Y lo sufre la triste humanidad?

IV.

Lo sufre: del mundo la ley es constante:  
Tirano del débil el fuerte ha de ser;  
El malo se goza del bueno triunfante,  
Y grita mas alto que al juicio el placer.

Y el hombre cual ántes será, como ahora,  
Hipócrita, pérfido, injusto, traidor;  
Y ver en ocaso la luz de la aurora  
Sería mas fácil que hacerlo mejor.

¿A qué, pues, del vicio huir los senderos,  
Si solo ellos pueden á dicha guiar;  
Si próceres, sabios, soldados, pecheros,  
Alzádole tienen en su alma un altar?

Gocemos del mundo los dulces placeres,  
Logremos del mundo las glorias y prez;  
Y vinos ahora y amor y mugeres,  
Y el oro y el juego en yerta vejez.

Mas ¡ay! esas dichas que rápidas pasan,  
Cual pasan las nubes del plácido abril,  
Los cuerpos consumen, las almas abrasan,  
Y empañan al hombre con hálito vil.

Y al pecho royendo su dejo amargoso,  
Al jóven preparan precoz senectud;

Que el mundo le arroja de sí desdeñoso,  
Y vivo se hunde en negro ataúd.  
Verdad es que sufre también la inocencia,  
Verdad es que suele la infamia triunfar:  
Empero si limpia se ve la conciencia,  
Eden es la cárcel, la tumba un altar.

Si en flébil acento mis males deploro,  
No el surco del crimen mi frente arrugó;  
Que solo al oprobio, no al cebo del oro,  
Ni al ceño del grande mi pecho tembló.

Y aquí á mi enemigo de muy alto veo;  
No temo su saña, ni quiero su pan,

Que duermo tranquilo en cárcel de reo,  
Y á él le desvela del grande el afán.

Si el alma está pura, ¿qué importa que ciego  
El mundo me mande á suplicio cruel?  
Mas vale que un trono la horca de Riego,  
Mejor es que un cetro la flecha de Tell.

Y firme mi labio, si bien la fortuna  
En esta morada me hundió de dolor,  
Dirá cual un día clamó en la tribuna:  
*Todo se ha perdido menos el honor.*

Cuartel del regimiento lijero, á 14 de mayo  
de 1843. J. M. LAFRAGUA.

## LO QUE PASA EN UN TEMBLOR.

CUANDO acontece algun suceso notable y que sale del orden natural, todos hablan de él, y es materia de conversacion para un día, una semana ó dos ó mas, segun la importancia y duracion del tal acontecimiento; así es que una revolucion ó una accion de guerra en la capital, que dure unos cuarenta días como es uso y costumbre entre nosotros los hijos de Adán, da materia para que charlen los elegantes y los viejos, y las damas y hasta los periodistas cada uno en su tecla, por un mes exacto, y esto es con razon, porque siendo frecuentes las tales cuaresmas de fuego y de sangre, ya no hacen la impresion que debieran. Pero que venga un incendio y quemé una casa ó dos en la ciudad, y ya verá V. al día siguiente que los periódicos dan razon de él, y en las tertulias se cuenta el cómo, cuando y porqué del incendio con otras mil minuciosidades que inventa Pedro ó Juan, y que Diego aumenta, cesando este flujo de hablar al día siguiente, menos por supuesto en el dueño de la casa y en los dueños de lo que en ella se quemó, porque el negocio es de tal importancia para estos, que en toda la vida dejarán de hablar. Sobre todo, es cosa sabida que cada uno habla de lo que quiere, y á mi me ha venido en deseo de contar varias ocurrencias que me sucedieron el próximo pasado lunes 25 de marzo de 1844, en cuya narracion tendrá V. gusto, porque hay casa arruinada y hombres nadando en polvo y meditaciones filosóficas y tertulias de amigos y letanía y temblor y convite y juego y un jóven calavera y unas viejas regañonas, y la concurren-

cia del Diorama, cuya mezcla me sospecho que es muy propia para un artículo de temblores y de bulla. Con que para no tener á V. mas tiempo esperando, le diré como en el referido día á las seis de la tarde pasaba yo por una calle cuyo nombre no es interesante para V. ni para mí, y llegando á cosa de la mitad de ella me entré por una puerta zahuan, en busca de un amigo: habia yo penetrado cosa de dos pasos, cuando oí un trueno, el suelo se estremeció, y una nube de polvo me circundó de tal manera, que no pude ver nada, ni aun respirar; estaba yo nadando en polvo, y apenas pude oír un grito fúnebre, un alarido de muerte que sonó á mis oídos, como la sentencia final. No hay duda, pensé en aquel momento, esto es un sueño, una pesadilla, es la muerte.... La casa se ha caído, todos han sido despachurados, gritaron mil femeniles voces, y contándome yo con el susto entre los averiados, tendí mis brazos, cerré los ojos y escuché el nuevo grito y los sollozos como el oficio de difuntos que se rezaba sobre mi ataúd: luego vino no sé quien y cerró la puerta: la poca luz que por ella se comunicaba acabó, dejándonos en tal oscuridad, que ya no oí ni vi nada, y hubiera permanecido sin duda tragando polvo y tierra hasta la fecha, si no fuera por el alcalde del barrio que se entró con aire magistral, diciendo: „Ya envié por auxilio, ya vendrá un piquete para llevarse á los muertos y á los heridos, y como yo me contaba segun he dicho, entre estos, hué de crearme bajo el poder militar, cuya idea me hizo volver en mí por ser grande



á las mis bellas jovencitas que van allí á ostentar sus gracias. Allí el amarelado amante dá una esquelita á la señora de sus pensamientos, y aprovechando el ruido de los acordes sonidos de la voluptuosa música, le dice dos ó tres palabras al oído. Allí el estrecharse, al pasar, las manos, y los significativos suspiros, y á la luz de la amorosa luna, las concertadas señas y los ardientes coloquios bajo las Cruces y las suaves ondulaciones de las amorosas parejas que se mecen en las cadenas, y la gente toda se embebe en tan deliciosas ocupaciones; mas de pronto sacúdense la tierra y bamboleanse las torres de Catedral como las velas de un buque, y grita el pueblo que escuchaba la música, „tiembla,” y se oye un rumor y se pide misericordia y cesa la música y todos claman perdon y la gente se arrodilla y suenan las campanas tocando la rogativa, y el usurero se estremece, porque la idea de la eternidad se le ha presentado, y en aquel peligro inminente el falso patriota recuerda sus maldades y sus vilezas porque sacrificó á su patria; y el romántico Anselmo siente sus entrañas desgarradas, y las hechiceras jóvenes conocen el valor de sus señas y de sus suspiros y de sus citas y de sus juramentos de amor, porque ven de cerca á la muerte, y algunos corren al medio de la plaza, y el pueblo gime é implora la piedad divina, porque á sus ojos el temblor es, lo que realmente es, un recuerdo que la Divinidad nos hace, porque vuelve sus ojos al mundo y lo ve cubierto de oprobio y de maldades, y lanza sobre él una mirada de indignación que hace estremecer á la tierra hasta en sus cimientos. La multitud ora ante el Señor y las mil voces de esa multitud se pierden en el espacio inmenso de la plaza, produciendo al morir una sensación fuertísima de terror; pero pasa el temblor y vuelven las señas y las medias palabras, y como el resultado de un remordimiento se oye preguntar de vez en cuando, *repetirá?* Dejémoslo: vamos á otra parte. En el Diorama se representaba casualmente al tiempo del temblor, el derrumbamiento de una montaña en Suiza, el paisaje se vé con la luz del día, luego anochece, el cielo se cubre de nubes negras, serpea el relámpago, suena el trueno y se oye la lluvia, cae un peñasco hunde una población que convierte en lago, y cuando la tempestad cesa, la luna se divisa por entre un grupo de nubes plateando la cima de algunas rocas; mas acá se ven una casa y los pocos habitantes que se libraron de la catástrofe que van con hachas de fuego á ver la población que se mira al pie de mil peñascos como

un lago inmenso y triste, tal es el cuadro del Diorama, que es hermosísimo, aunque en verdad sea dicho, que la imitación del trueno y de la lluvia no es muy buena que digamos. Sin embargo, sea lo que fuere, cuando el temblor aconteció casualmente acababa de brillar el relámpago y de sonar el trueno; los espectadores sintieron el temblor y prorrumpieron en clamores, los cuales llegaron á la parte de adentro del salon donde está la maquinaria como un ruido sordo, que el maquinista tomó por aplausos, y envanecido con tal idea repitió su relámpago y su trueno; y el temblor arreca y la gente grita y el hombre se entusiasma y torna al relámpago y vuelve al trueno y el temblor continúa y los espectadores vuelven á clamar con mas fuerza, y el maquinista, enloquecido con su triunfo no repara en nada, y patea la hojadelata con que imita el trueno y la hiere con las manos y con un palo, y se convierte en un D. Quijote, destruyendo el cuadro de mae-se Pedro, y á cada nuevo clamor que á algunos espectadores arranca el miedo, que se aumenta por la oscuridad, el hombre se estremece de placer y golpea su instrumento como un espiritado, y llama en su auxilio al criado, y lo mira de rodillas, y aterrado le pregunta la causa y mira rodar la vasija de hojadelata y se queda suspenso y en silencio, siente moverse la tierra, y el criado le dice que tiembla, y en el silencio que reinaba en este intervalo percibe claramente los gritos de los espectadores que piden luces para el salon y misericordia al Señor. Y el hombre se queda confuso del chasco, y cansado de sus contorsiones.—Poco mas allá, en una calle, se oyen letanias, mezcladas con otras oraciones, y la gente pobre ha saltado de la cama desnuda y una anciana que pasaba ha hecho coro y les dice la letanía interpolada con el trisagio, á que contesta el pueblo con una salve: adelante se mira un caballero atemorizado que no recuerda sino los Mandamientos de la ley de Dios, y reza con mucho fervor el primero amarás á Dios, el segundo... Y en el cuartel de junto, los soldados han dejado la cama y la cuadra y hacen un ruido infernal, y en el colegio vecino, un estudiante pregunta solícito al superior si será bien vestirse el uniforme de la casa, y responde con dolor cuando le pregunta el superior para qué, *para morir en comunidad, padre;* y pasa el temblor, y la anciana sigue su rezo, y el caballero sus mandamientos y disputan un cuarto de hora despues, que el temblor aun no pasa, porque el miedo trastorna á las gentes y las hace incurrir en las necedades que he contado y que son

ciertísimas, pues que no sabe mentir—

## EL PORVENIR.

Nada parece mas incierto y dudoso que el porvenir; pero al travez de esta incertidumbre puede verse, si no con certeza al menos con probabilidad, la esperanza de lo que será. Esa incertidumbre en que está envuelto, atormenta sin cesar al hombre cuando no entrevee mas que un porvenir de llanto y de miseria, un porvenir lleno de disgustos, sin poder contener los sucesos que ha llegado á cerciorarse lo conducen á él inevitablemente. Mas el presagio que le patentiza su desdicha en lo futuro, es una aguda pena mayor que la realidad; porque el hombre en vano quiere no llegar á él jamás.

Por el contrario aquel que se figura un porvenir lisonjero, deseara precipitar el tiempo y adelantar su curso ordinario; pero tampoco es feliz porque sufre tambien la mortificante impaciencia de la tardanza y las ansias de no tocar tan pronto como él quisiera, lo que su imaginacion le ha hecho concebir. Cuan desgraciado seria el hombre que constantemente se ocupase del porvenir! No tendria mas que martirios continuos y una mortal agonía, ya fuese propicia ó tétrica la idea que se hubiese formado de su porvenir; no encontraría sino tristes desengaños mas penosos aun, mientras mas inciertos fuesen. Si es cierto que no hay alguno que se ocupe exclusivamente del porvenir, tambien es verdad que todos consagran un momento para pensar de su futura suerte.

El niño, el joven, el anciano, todos piensan en el porvenir, aunque no con la misma duración ni la misma manera. El niño, siendo por su edad poco reflexivo y no pudiendo apreciar en lo que valen las cosas que lo rodean, piensa poco en su porvenir y siempre se lo figura delicioso y encantador, adecuado á sus pasiones dominantes, sin reflexionar si serán ó no efectivas; pero en él está pensamiento momentáneo, no es mas que una ilusión, un ensueño dichoso.

El joven ¡cuanto difiere del niño! Dotado de pasiones ardientes, sin dejarse llevar de ficciones, se dedica á examinar todo como es en realidad, y la idea de su porvenir, sea favorable ó

adversa, lo ocupa demasiado; casi siempre está fija en su pensamiento molestandolo con su tenacidad. Aun cuando quiera desprenderse de ella, afectándole en estremo, parece que le persigue y amarga, siendo en sí desconsoladora, destruye su esperanza poniéndole ante los ojos una por una las espantosas escenas que han de pasarle cuando llegue ese tiempo, si ha previsto un porvenir desfavorable.

El anciano, amortiguados sus sentimientos, entorpecidas, por decirlo así, sus potencias, se ocupa del porvenir instantáneamente como el niño; pues que en aquel verdaderamente ha pasado ya el de su suerte, y solo lucha con el porvenir cierto de su muerte próxima. Todos en vano ansian por descubrir su futura suerte sin advertir que es mejor dejarla incierta y dudosa como es; porque la realidad acaso nos haría mucho mas infelices.—M. BUENROSTRO.

Creo, por lo que en mi ha pasado: que la filosofía es tan necesaria para los goces y placeres de la vida privada, como lo es para el estudio de las ciencias.

Jamas labrará su bien estar, ni el de la persona amada, el hombre que no sabe vencer las preocupaciones, y sobreponerse á la opinion.

Opinion es generalmente recibida por escritores españoles de la mejor nota que llegó á tal punto la superioridad temporal en que se creían los papas respecto de los demas principes, que á los que se sugetaban á ser coronados por ellos, les ponían la corona con los piés. Del Rey D. Pedro II. de Aragon que espontáneamente fué á Roma á ser coronado por el Papa Inocencio III dice el Cronista Gerónimo de Blancas (*Coronaciones de los Sres. reyes de Aragon*, lib. 1. cap. 1.): El Papa le coronó luego, mandándole dar las insignias reales que son manto, colobio, ceptro, globo y corona. Y refiere Beuter y algunos otros que esta corona era de pan.... Y que se la puso el papa con sus manos al rey, con ser costumbre habella de poner con los piés. *El Arzobispo de Zaragoza D. Hernando de Aragon en la vida que escribió de D. Pedro II, dice que esto de ser la corona de pan fué hecho adrede por este rey, que sabiendo ya esta ceremonia ó costumbre de que los papas acostumbraban poner las coronas á los reyes con los piés, la hizo hacer de pan cenceno, para que si quiera por la reverencia de la materia de que estaba formada la corona, que era de pan, se la hubiese de poner con las manos, y que así se hizo. Lo mismo aseguran el jesuita Abarca en la vida de aquel príncipe, y otros historiadores nuestros.*

**CARTA AL LICENCIADO VIDRIERA.**

**D. POLIBIO PEBETE.**

Querido Lic.: despues que hemos dejado de vernos tanto tiempo, no estrañarás que te dirija una epistola, que aunque muy distinta de las de San Pablo, te debe de ser muy agradable por contener algunos rasgos para que formes la biografia de D. Polibio Pebete, tu amigo intimo; suponiendo que me disculparás lo de Pebete, por gracioso y vaporoso cuando está caliente, aunque de suyo sea repugnante y fastidioso, y prosáico, y sibarítico, y cuanto tú quieras. No pretendo contarte la vida de tan mal traído literato, porque ¿qué te dejaría yo entonces que hacer?—Rasgos, he dicho, apuntes, y esto es todo; escúchalos pues.

Don Polibio Pebete es sumamente ingenioso, de manera, que firmando sus artículos con su nombre, no hay quien diga que son suyos; y aunque esto le va á parecer increíble, espantoso, imposible, has de tener que tragar lamaña ocurréncia. Es bien que sepas que el tal Pebete, es un *literatozo*, que no gusta de seudónimos, por ser los tales invencion y costumbre segun él, de escritoruelos mocosos é ignorantes y graciosos sin gracia. Conque él no lo gasta, y te digo que la firma de sus artículos es su nombre y su seudónimo, sin ser ni lo uno ni lo otro.—Ya te veo en brasas discurriendo: ya te ahogas por saber como es esto.—Míralo.—P. B. T.—Si tú vieras tales letras, dirías, este que tal se firma, se llamará acaso Pablo Barrera Tejada, y ahí tienes el seudónimo, ahora lee las letras sin añadidura. P. B. T., y hallas el nombre real y verdadero.—Ya te miro sonreír malignamente. ¿No te hace gracia la ocurréncia?... A mi tampoco; pero esa es la costumbre del bueno de D. Polibio.

Un hombre ingenioso de por fuerza, es atolondrado y vivaracho, así es que el Pebete es vivaracho y loco, como se dice generalmente, teniendo él un gusto particular en que se lo digan. No sé si tú habrás observado que mientras mayor es el placer que tiene uno de que le digan que tiene genio impetuoso, que es loco, etc. etc., ménos lo es;—pero voy á darte una prueba de lo *alocado* del amigo Polibio; es co-

sa que él mismo me ha contado, y te diré sus palabras. „Se me dislocó la espina dorsal de la calcáneo, á resultas de una pisada falsa que dí bailando; llamé á mi mozo, á tame este brazo, le dije, y tira de él; el jayan lo hizo con toda su fuerza, y la espina volvió á su lugar.” Ya tú supondrás lo aturdido que quedé con semejante locura, que solo á Pebete le ocurre.

La ciencia médica es espantosa, conoce una enfermedad aunque no haya síntomas de ella, y la cura y sabe sus causas á las mil maravillas. A resultas de esa pisada falsa de que te he hablado, le cayó, segun me dijo él mismo, un poco de sangre del *metacarpo al abdomen* (siempre habla en términos técnicos) sucedió una inflamacion, que aunque no causó dolor ni hinchazon ni otra cosa ninguna, no dejaba de ser muy grave; pero él que sabe tanto y que es tan loco, se la curó tomándose una cucharada de aceite con ruibarbo y catalán.

En jurisprudencia es un portentoso; dobla las leyes como un Papiniano ó como un cohetero, si coje el papel en que están impresas, les dá giros, y hace horrores, que si las vieras, ererías que el que tal hacía era un magico. En política es una maravilla, lo sabe todo, vende su opinion al que le paga, se mete con todos los partidos, y sale tan pobre y tan sin favor como entró, en lo que tú, que sabes y entiendes lo que de ordinario acontece en nuestros pronunciamientos, conocerás el talento de primer orden del buen hombre D. Polibio.

En literatura, nadie sabe lo que él, todos son asnos para él, y disputará la existencia de Dios y sostendrá que *comer* no es verbo, porque no comprende que *comer* sea accion, puesto que no se hace con las manos; en cambio tiene ya sus 40 años corridos, y habla mal de todo el mundo literario, llamándolo al mejor, aspirante, y solo habla bien de un literato, por la graciosísima razon de que dizque le va á consultar sus obras, lo que no creo, y Pebete las corrigé á su sabor, amigo, á su sabor; y en esto no pongo duda.

En valor, puf, eso es horrible, es un Pedro

Gringbor de los cantos del Norte; dió una caída, porque un toro cerril, absolutamente cerril, se dejó rodar por un derrumbadero con él, no pudiéndolo tirar.—Pero pásmate, buen Lic., quédate absorto, nada le sucedió al hombre, porque aunque el toro se mató, el Polibio caminó ese dia 20 leguas y vino á bailar en la noche á no sé que pueblo.

En modales, es un modelo; se entra á una casa, no saluda á las visitas, se dirige al amo de ella, le habla al oido, se sienta á echar pestes de todo el mundo, habla luego al oido de la señora y se sale sin despedida de los concurrentes. Otra vez halla á algun caballero que

lleva del brazo á una señora á quien él conoce se mete entre ambos á fraicion, pone su brazo y comienza á echar pestes de todos, porque tal es su costumbre.

En figura es lo mejor que he visto; figúrate un donoso viejo, un muchacho raquítrico, una fisonomía espresiva á fuerza de nécia, y tendrás á D. Polibio Pebete.

Dicho te tengo que son rasgos los que sobre tal endriago te doy; he cumplido y no estrañes mi laconismo. Deseo que te sean útiles para retrato de D. Polibio, la obra maestra que vas á hacer en materia de retratos. Tuyo—

ANÓNIMO.

**DELLA.**

MIRADLA, allí está... La hermosa entre las hermosas, con su seno blanco y turgente como el nevado cuello del Cisne, con su cintura delicada, con su angélico semblante, con sus ojos lánguidos y voluptuosos, como los de la gacela, con su redonda mejilla en que brota modesta la nacarada rosa del pudor... una atmósfera perfumada la circunda: los mortales la contemplan entusiasmados: el Señor la ve con placer; en ella contempla la mas bella y mas perfecta de sus criaturas.—Miradla, ya sonrie; una nueva espresion se difunde por sus delicadas facciones, cual la mágica cintura de Iris se deseoge por el vasto firmamento.—Su fresca boca se entreabre y deja percibir sus blancos y pequeños dientes, como se entreabre el envidioso capullo que nos enseña por entre sus apretadas hojas los cándidos pétalos de la naciente azucena. Mas su semblante ha cambiado; ya no aparece en sus labios aquella sonrisa suave como las gotas brillantes que se desprendren de las alas del ángel que guarda el sueño del mortal; desapareció como el sol tras de negras tempestuosas nubes y una espresion de desprecio vino á ocupar su lugar. ¿Qué ha causado esa repentina mutacion?—¿No veis aquel jóven que con los ojos timidamente levantados buscaba que sus miradas se encontrasen con las de la orgullosa beldad? ¿Le veis?

Observad su mejilla, por ella corre lentamente una lágrima amarga como la pena de una madre que contempla la lenta agonía de la prenda de su amor; ardiente como la encendida lava que arroja el Vesuvio en su tremenda erupcion. Le desprecia.... Su amor no encuentra un eco en el pecho de aquella muger que le habia parecido una Oasis en medio del desierto de la vida, un seguro asilo contra la maldad y la falsia de sus semejantes. Ese jóven fué alegre, festivo; su corazon virgen solo pensaba en gozar, y la existencia le parecia un ameno vergel. Salió cual la abeja á libar el néctar de las flores, y las flores perdieron su aroma, y el néctar de su cáliz se trocó en hiel. El mundo le tocó con su dedo de hierro, y murieron sus esperanzas como muere la violeta en el campo, cuando la huella con descuidada planta el labrador. Y ahora, que fatigada su alma de la tempestad de las pasiones buscaba un sitio en que reposar, ahora que su frente buscaba un seno puro y sin mancilla en que reclinarse, su amor no exita otro amor, su amor no exita la compasion, sino solamente el desprecio!

Un año, dos mas. A las plantas de la hermosa aparece un hombre cuyos ojos están hundidos, su semblante pálido, sus cabellos en desorden, su mano trémula.... „¡Piedad,“ esclama con voz entrecortada por los sollozos, „lanzadme al menos una mirada compasiva!”